



# en Tamahú

## Hoja informativa nº 119 • abril 2022

De la obra solidaria que Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid)

realiza en Tamahú, Guatemala

### Nueva visita a Tamahú

Antonio Salas

**S**iempre hemos sabido que mantener una misión a distancia es todo menos sencillo. Aun así, Fratisa lleva ya más de doce años impulsando su obra solidaria, ubicada en las zonas indígenas del país guatemalteco. Si bien nos ha costado bastante trabajo, creo no exagerar afirmando que en la actualidad disponemos de una infraestructura, aunque muy elemental, bastante sólida. Ello no obsta, sin embargo, a que resulte indispensable una presencia física, y por fuerza esporádica, de nuestra Asociación. Y así lo hemos hecho una vez más durante el mes de marzo. Ciertamente que no nos sobraban ganas, debido sobre todo a las restricciones pandémicas. Pero, al saber que podía contar con la compañía de Fátima –Delegada de Fratisa para Guatemala– hice caso omiso a mis ochenta y cuatro años, personándonos ambos en aquellas recónditas tierras donde las necesidades no cesan de ir en aumento.



Los pilares de nuestra misión: Fátima, Raúl y Vinicio

Nuestra primera impresión fue del todo positiva. Allí no se percibía psicosis alguna a causa del coronavirus. Y, por lo que hemos podido saber, sus estragos han sido poco virulentos, sobre todo en las aldeas y caseríos indígenas donde tratamos de llevar un hálito de solaz. Ciertamente que la normativa gubernamental ha sido bastante severa, por lo que muchas actividades religiosas y sociales debieron interrumpirse. Tal ocurrió, de hecho, con los dos comedores que el P. Denis había abierto en su parroquia para ofrecer alimentación diaria a 75 niños y a 25 ancianos. La pandemia los mantuvo cerrados durante casi dos años. Pudimos, no obstante, constatar con fruición que de nuevo se han abierto, con el comprensible alborozo de una chiquillada, ávida de atención y cariño. Y algo similar ocurrió con las celebraciones litúrgicas. Fue para nosotros muy grata sorpresa ver



La nueva comunidad de Chiquín, recibiendo a sus bienhechores

con las celebraciones litúrgicas. Fue para nosotros muy grata sorpresa ver



La bienvenida de Adrián

tamaños despropósitos. De hecho, la ruptura de cristales y la no concesión del agua potable son solo sendos signos de cuán virulento es el encono, camuflándolo a veces con un puritanismo, anclado en supuestos argumentos evangélicos. ¡Cuán osada es la ignorancia!

Nada ha podido, sin embargo, impedir que el proyecto culminara con la entrega de las



Así es una de las camas en Chiquín

cómo en la misa solemne de los domingos el templo estaba abarrotado de fieles. Eran incluso bastantes los que se veían obligados a seguir desde fuera la celebración.

Nuestra estancia resultó muy placentera. Tanto por la exquisita atención recibida en la parroquia, cuanto por el buen estado de salud de nuestras actividades benéficas y sociales. Resulta sorprendente que sobre nuestros tres pilares (Fátima, Raúl y Vinicio) se haya logrado formar un equipo, cuya armonía y entrega permiten que muchas familias, viviendo en extrema pobreza, sean apoyadas y queridas por un colectivo español (¡ya van sabiendo qué es Fratisa!), siempre pronto a construirles viviendas, a repartirles alimentos y a paliar las dolencias de sus enfermos. Siendo casi imposible resumir en un par de páginas tan ricas vivencias, me limitaré a consignar los tres momentos que, a mi entender, mejor reflejan la inquietud misionera de Fratisa entre las etnias indígenas de aquellas tierras.

### Culminación del proyecto “Chiquín”

Ya en el boletín del pasado mes se hizo alusión a los problemas planteados por nuestro proyecto “Chiquín”, que con tanto celo y eficacia ha liderado durante casi un año el buen párroco de Tamahú. A veces resulta difícil entender que el radicalismo religioso dé pábulo a



A la espera de ofrecer al párroco las aves de corral

viviendas a las familias beneficiadas. El P. Denis decidió contar con nuestra presencia para dar más realce al evento. Y así fue. Tras preparar Rosalía (su fiel colaboradora) un succulento caldo de pollo con gallinas de su propio corral, los integrantes de la comitiva nos pusimos en marcha. Protegido con unas providenciales katuskas y apoyándome en un oportuno bordón, pude sortear sin problemas las sinuosidades de las empinadas veredas.

Conforme recorríamos el camino, podíamos contemplar en lontananza las viviendas del proyecto, diseminadas por el terreno previamente comprado. No sin esfuerzo, llegamos a la casa donde nos esperaban nuestros beneficiarios. En un primer momento, me quedé perplejo al ver que allí solo había mujeres y niños. ¿Y los varones adultos? Tardé poco en conocer el motivo de su ausencia. Ocho de las diez mujeres agraciadas eran madres solteras. Y las dos restantes tenían a sus esposos trabajando en otros departamentos del país.

Una de las cosas que más me asombró fue la alegría de los chiquillos. Todos querían una foto con nosotros. Tras vencer su endógena timidez, correteaban en busca de palabras cariñosas. No se quedaron sin ellas. Y tampoco sin el caldo de pollo que disfrutaron a tope, tras agradecer las mamás al párroco sus desvelos y su entrega para que el proyecto llegara a buen fin. Aunque no había sido tarea fácil, los problemas formaban ya parte del pasado. Se les veía alegres ante un futuro para ellos portador de ilusiones. No ocultaban su gozo por lo recibido. Y eso que sus viviendas estaban casi del todo vacías: ni sillas, ni mesas, ni camas. Pude percatarme que dormían sobre unos trozos de cartón para atemperar la humedad y el frío del pavimento. Mas no por ello dejaban de transpirar gratitud.



Entregando a una mamá las llaves de su nuevo hogar

Me enterneció ver que, en un santiamén, cada niño apareció con un ave de corral. Me preguntaba cuál sería su destino. Alguien me lo susurró al oído. Era su forma de agradecer al P. Denis cuanto había hecho por ellos. Al carecer de dinero para comprarle un regalo, le expresaban así su gratitud: un pato, una gallina o un simple pollo. No importaba la calidad de ofrenda, pero cada cual aportó la suya. Resultó un gesto idílico, solo superado por el sublime momento en el que nosotros fuimos entregando a cada familia las llaves de su propia vivienda. Para ellos, los ritos tienen mucha fuerza. Por eso, Fátima y yo, revistiéndonos de eventual pompa, repartimos las llaves, mientras los conminábamos a evitar altercados. Huelga añadir que nos escuchaban con un respeto rayano en el embeleso.



### Encuentro con cuatro caseríos

Así lo había decidido Raúl. Dado que las instalaciones de Asumta cuentan con

"Ramón", acarreado su haz de leña



Con una de mis pequeñas guardaespaldas

un aforo limitado, había convocado a las familias de cuatro caseríos, que Fratisa atiende con repartos periódicos de alimentos: Pancoj, Comonhoj, Onquilhá y Pansup. Y creo no equivocarme diciendo que nadie faltó a su cita. Incluso una señora que, por equivocación (así quiero al menos creerlo), se había presentado sin ser convocada, no pudo contener su llanto al percatarse de que no podía compartir el festejo. Al final, tras un tenue forcejeo, logró también ser complacida. Y no vaya a pensarse que resulte fácil colarse. Al frente de las admisiones y los repartos está el insobornable César que, con suma seriedad, examina las credenciales de cada beneficiario, mientras escribe en su muñeca la debida contraseña con la que acredite su derecho a compartir lo que le ofrece Fratisa.

Fue un encuentro entrañable. Además del tradicional reparto de despensas, se había garantizado de antemano que compartirían un refrigerio (un tamal, un trozo de tarta y un refresco). Era un espectáculo verlos a todos sentados a la espera

de ser llamados. Sin prisas y sin tensiones. Simplemente, esperando. Me llamó la atención que el recinto estuviera decorado con unas ramitas, traídas ex profeso por los aldeanos de Pansup, para infundir al evento un aire verbenero. A fe mía que se logró. Todos se sentían como en una gran romería.

Sentado en mi silla, me dediqué a observar. De repente, me supe rodeado por cuatro patojos que, sin proferir palabra, iban en busca de carantoñas. Los convertí en mis improvisados escoltas. Fue entonces cuando se procedió al reparto de los tamales y del pastel. No supe si los chiquillos habían comido ya su ración. Me imagino que así sería. Lo que puedo asegurar es que, al colocarme enfrente mis vituallas, los cuatro patojillos centraban su mirada en ellas con tal avidez que sus órbitas casi se les salían de los ojos. Ante tan elocuente actitud, decidí dividir mi porción en cinco partes alicuotas, sellando en silencio con ellos un pacto de profunda amistad. Las palabras sobraban. La complicidad de los gestos fue nuestro único lenguaje.

Y, ¿cómo olvidarme de los “Ramones”? Nunca faltan a una cita. Viven a tres horas de distancia, en la soledad del bosque, disfrutando las delicias de una casita que les construimos hace más de dos años. No precisan teléfono para enterarse de los eventos. De hecho, aquel día, al rayar el alba, pululaba ya por el pueblo “Ramón” (se llama Román) con su haz de leña a la espalda, dispuesto a venderla si encontraba comprador o, de lo contrario, regresar con ella a su vivienda para atizar la lumbre que los guarece del frío. Al no hablar español, no pude mantener diálogo con ellos. Sin embargo, nos logramos entender apelando a la mímica. Supe que vivían sin agobios. Y por más que en aquella jornada “Ramón” había amanecido con severos dolores estomacales, sus labios esbozaban sonrisas en vez de quejas. Desde hace ya tiempo, me tienen cautivado los ínclitos “Ramones”.

### **Bendición de las semillas en Sesoch**

Fue un día espléndido en el ámbito de las vivencias, pero falto de colorido en el aspecto climático. Salimos con el párroco y, tras una hora larga de continuos zigzagueos por un camino de terracería cuajado de lodazales, llegamos por fin a la aldea de Sesoch. En ella viven 50 familias, siendo católicas unas 40. Nos estaban esperando para celebrar una eucaristía donde se iban a bendecir las semillas.

Es costumbre entre ellos lanzar una bendición a las mazorcas de maíz, que comienzan a sembrar los primeros días de abril. Para ellos los maizales son fuente de vida, pues les brindan una alimentación rica en minerales, que les permite sobrevivir a la desnutrición.

Una vez en la aldea, la comunidad nos recibió con notorio regocijo. Y, sin más preámbulos, nos adentramos en la iglesia para iniciar la celebración. Frente al altar figuraba su ofrenda de mazorcas con un variopinto colorido: blanco, amarillo, rojo y negro. Son las cuatro variedades del maíz. Fue una



**Yaneth regresa feliz a su aldea**



**Solemne celebración eucarística, con las semillas ante el altar**



**Sesoch dispone de transporte para sus mercancías**

ceremonia tierna, pues la comunidad se integraba en la liturgia. Llegado el momento de la bendición, se respiraba un silencio preñado de emoción. La acompañaron con un óbolo que cada feligrés iba depositando en una canastilla de mimbre.

Finalizada la eucaristía, fuimos invitados a almorzar. Habían preparado unas tortas de pacaya, una palma que ellos saborean con fruición, sobre todo si va embadurnada con huevo. A mí me supo a rejalgar. No así el tamal de frijol que servía de acompañamiento. Aunque me gustaba, tras consumir la mitad, salí a cambiar impresiones con algunas comadres y su correspondiente prole. Me entretuve un rato con ellas. Y al regresar a la mesa para finalizar mi frugal almuerzo, vi con asombro que mi plato estaba ya vacío. Seguramente se lo comería alguien que lo precisaba más que yo.

Me resultó gratificante la tertulia que siguió, donde las señoras –ya menos cohibidas- se prestaron de buen grado a que les sacáramos fotos como recuerdo de tan singular evento. Mi fruición se tornó pasmo cuando, al girarme, casi me topé con un señor acompañado de un burro. Era uno de los jumentos que en la primavera del año 2020 Fratisa había regalado a la comunidad para el acarreo de sus mercancías. Aunque ya casi me había olvidado de los asnos, se me hacía saber que seguían allí. Algo macilentos por cierto. Pero en forma para seguir cumpliendo su cometido.

Fue una experiencia irrepetible. Como no podía ser menos, antes de finalizar, uno de los catequistas me pidió la ayuda de Fratisa para remodelar su templo. Por pedir que no quede. El esbozo de una sonrisa fue mi única respuesta.

## **Ayuda humanitaria - marzo 2022**

**Raúl Leal**

**C**omo va siendo ya habitual, durante este mes de marzo se siguieron repartiendo despensas de comida a familias con muy escasos recursos. Aunque tal praxis se haya convertido en costumbre, tenía muy claro que en esta ocasión iba a revestir un carácter muy peculiar. Contaríamos, en efecto, con la presencia de Fátima, Delegada de Fratisa para Guatemala y del P. Antonio, Asesor Religioso de Fratisa. Tras habernos puesto de acuerdo, los recogí a ambos en la capital, donde me invitaron a un opíparo desayuno que me ayudó a hacer más liviano el trayecto. Debo, por otra parte, consignar que en esta ocasión el viaje fue de por sí bastante más llevadero.



**Raúl, pronunciando su alocución de bienvenida**

En unas cuatro horas y media estábamos en Tamahú, pues tuvimos la buena ocurrencia de evitar la hora

pico en el tráfico de la capital. Llegamos bastante frescos a la parroquia tamahunera. Ambos me entretuvieron durante el trayecto, intentando ponerse al corriente de lo que –durante sus meses de ausencia- había ocurrido en nuestra misión. Se quedaron muy complacidos tras compartirles que la obra solidaria de Fratisa, si bien tiene que afrontar no pocos obstáculos, cada vez se va reafirmando más entre los indígenas de nuestras aldeas.



Escuchando atentamente las palabras de Raúl

Había manifestado de antemano a la comunidad de Pansup mi deseo de que las instalaciones de Asumta presentaran un aspecto lúdico y festivo.

Me sorprendieron engalanando el recinto con unos ramajes que ellos habían traído desde su caserío. Y que conste que el recorrido supera las tres horas de marcha. Con todo esmero adornaron los locales, de tal modo que, cuando nuestros huéspedes llegaron, no pudieron ocultar su estupor. Creían que eran ornatos artificiales. Celebraron con júbilo el esfuerzo de aquella pequeña comunidad que, además de traer el ramaje, lució sus mejores artes para convertir el patio central en un escenario de feria.



“Ya me comí el pastel, ahora daré cuenta del tamal”

Por nuestra parte, habíamos preparado un pequeño almuerzo. Se trataba solo de un buen tamal, un trozo de pastel y un refresco. Al ser tanta gente, no resultaba fácil tenerlo todo a punto. Conté, como va siendo habitual, con la cooperación de mi amigo Giovani, de César, de Panchita y de Ana María. Entre todos, logramos tener a punto no solo las habituales despensas sino también el refrigerio. Al llegar nuestros beneficiarios quedaron impresionados por la cálida bienvenida. Una vez que todos se hubieron sentado, les dirigí una breve alocución, recalcándoles que Fratisa hace cuanto está en su mano para ayudarles. Les hice asimismo la presentación oficial de los dos miembros de Fratisa, que fueron acogidos con todo cariño. Nos

sacamos varias fotos como recuerdo de tan cordial momento.

Me dio mucha lástima el caso de una señora que había acudido sin ser convocada. Al pasar del control de César, se vio que su nombre no estaba registrado. La pobre se puso a llorar con desconsuelo. Sin pérdida de tiempo, buscamos la forma de complacerla y por fortuna pudimos hacerlo. Digna de mención es asimismo la presencia de los “Ramones”. Me consta que tanto Fátima como el P. Antonio sienten por ellos un



La comunidad de Onquilhá con el pequeño Ánderson (centro)

especial afecto. No hablan español y están muy poco acostumbrados a fraternizar, pues viven aislados en la soledad del bosque. Sin embargo, vi con agrado que estaban intercambiando impresiones con



Los "Ramones" casi forman parte del decorado

nuestros invitados, cuyo interés por ellos viene ya de lejos. No en vano Fratisa les costeó los gastos para construirles una pequeña vivienda hace ya más de dos años. Los "Ramones" podríamos casi decir que forman parte del decorado.

Fueron unas dos horas de tertulia, de convite y de alborozo, sobre todo entre la chiquillada, que pasó de su acostumbrada inhibición al jolgorio y a la algarabía. Sabedor de sus gustos, había comprado de antemano una cantidad considerable de dulces y caramelos que

les fui repartiendo mientras les arranca-ba sonrisas. Estas se intensificaron aún más cuando llegó el momento de compartir el convite. Vi que, teniendo en su plato un tamal y un pastel, lo primero que se comían era su trozo de tarta. Signo inequívoco de sus preferencias. Aunque al principio siempre se muestran algo cohibidos, tardan poco en comportarse tal como son. Y puedo garantizar que los niños de nuestra misión, quizá por los mimos recibidos, hacen gala de notoria espontaneidad y asombrosa alegría.

Una vez terminado el evento, me comprometí a transportar a los de Pansup en la furgoneta hasta donde lo permitiera el camino. Lo agradecieron de verdad. Acto seguido, hice lo propio con los de Onquilhá, entre otros motivos porque había llegado el pequeño Anderson, cuya movilidad es bastante restringida. Me dio mucho gusto ver que, aunque con la ayuda de un bastón, logra bandearse a gusto. Últimamente ha experimentado una gran mejoría. Solo me resta pedir a Dios que sea duradera, pues –como ya en otra ocasión he consignado- los médicos le auguran dos años escasos de vida. Ojalá la ciencia se equivoque. ¡Primero Dios! Todos estamos en sus manos.

## Pastoral de enfermos - marzo 2022

Raúl Leal

A pesar de los pequeños disgustos que se empeña en darnos nuestro vehículo, continuamos llevando a nuestros pacientes para que reciban sus pertinentes terapias. Asimismo, vemos cómo sigue aumentando el número de mamás que solicitan leche pediátrica para sus bebés, cuya desnutrición en ocasiones es casi tétrica. Nuestros enfermos acostumbran a experimentar mejoría. No obstante, a veces ocurre que, por no acudir a tiempo a nosotros, se sumen en una indolencia que los lleva incluso a la tumba. Pero no quiero hablar ni de cosas ni de casos tristes. Fiel a mi lema, consignaré algunas situaciones que, a mi entender, ameritan mayor atención. Y comenzaré refiriendo una experiencia anecdótica y a su vez dramática, que tuvieron la oportunidad de



Mujeres, guardando turno ante la oficina de Raúl

compartir tanto Fátima como el P. Antonio durante su estancia con nosotros este pasado mes de marzo.

### Los infortunios de Leonardo Quib

Este señor me viene conmoviendo hace ya bastante tiempo. Sobre todo, desde que los hados le jugaron una mala pasada. Fue durante la época de los huracanes. Él y su esposa vivían en una chocita, a la vera del río. Pues bien, a causa de una tempestuosa tormenta, crecieron de tal modo las aguas que acabaron desbordándose, mientras arrastraban con saña la casucha de Leonardo. Al ser de noche, se despertó con sobresalto, echando en falta a su mujer que, aterrada por la tromba de agua, había salido despavorida dando alaridos en busca de auxilio. Era tal su espanto que hasta se olvidó de su esposo. Y este, por su parte, al despertar pensó que la riada se había llevado a su consorte. Presa de un ataque de pánico, le sobrevino un derrame cerebral que lo dejó al borde de la muerte. Para no hacerlo largo, me limitaré a añadir que logró sobrevivir. Pero no sin pagar peaje a la desventura.



Visitando a Leonardo en su humilde vivienda

Tal es el motivo por el que, desde entonces, no he cesado de ayudarle con alimentos y medicinas. Me hubiera encantado llevarle a las terapias de Fundabiem, pero allí solo admiten hasta los 60 años y a Leonardo le sobran nada menos que ocho. Sin embargo, aunque tenga que cargármelo a la espalda, lo sigo llevando a revisiones periódicas.

Cuando supe que Fátima y el P. Antonio iban a visitarnos, agendé una visita a este buen amigo, tan sobrado de sinsabores como falto de cariño (sus hijos le ignoran). En un principio, el P. Antonio no estaba muy de acuerdo en aceptar mi propuesta. Tenía aún grabada a fuego la visita que, en febrero de 2019, hicimos conjuntamente al caserío de Pancoj. Yo lo engatusé diciéndole que la distancia era corta y el desnivel casi insensible. Pero la realidad era muy otra. En el descenso invertimos más de una hora



Intentando que Leonardo mantenga la ilusión y no pierda la esperanza

que, a trancas y a barrancas, consiguió encajar sin quebrantos. Los problemas le surgieron durante el regreso. Y es que sortear un desnivel de 500 metros a unos 2.500 metros de altitud -el oxígeno mengua allí de forma alarmante- no es la mejor opción para un octogenario. Aun así, soportó la subida con tanta entereza me quedé boquiabierto. No obstante, esas dos horas y media de ascenso lo dejaron tan exhausto que prometió no ceder jamás a mis supuestas falacias. Por eso

se mostraba renuente a la visita de Leonardo. Pero, al fin... ¡cedió!

Subimos casi a cámara lenta. Cierto que la distancia no era larga, pero sí bastante abrupta. Cuando menos para él. De hecho, un par de días después me confesó haberse derregado. Mas aun así, sigo pensando que el esfuerzo valió la pena por la alegría que le dimos al amigo Leonardo. Este, apoyándose en su muleta, nos salió al encuentro, esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Se sintió muy honrado con

tan inesperada visita, pues le brindamos la posibilidad de desahogarse compartiéndonos sus estrecheces. Vive, de hecho, en una muy modesta choza que le ha proporcionado un finquero. Al entrar, solo pudo ofrecernos pobreza. No tenía ni un solo alimento. Menos mal que yo le llevaba una suculenta despensa. Se sintió muy halagado. Casi a escondidas, me suplicó que hiciera el favor de regalarle algunas libras de maíz, pues estaba en la más absoluta indigencia. Al despedirnos, apenas lograba contener sus lágrimas, signo inequívoco de gratitud por saberse querido. Y es que a veces una visita presencial resulta más eficaz que todo un recetario a distancia.



**La familia, feliz tras la operación de la niña**

**La exitosa operación de la niña Carmelina**

En el boletín anterior expuse brevemente el triste caso de la pequeña Carmelina, cuya parálisis era debida a una espina bífida. Tuve que forcejear con sus padres para que me permitieran llevarla a la consulta de un especialista. Este, tras varios análisis, dictaminó cuál era en realidad su dolencia, aconsejando su traslado urgente al hospital capitalino de San Juan de Dios, cuyo instrumental era de mejor calidad. Tanto Héctor René como Manuela (sus padres) se resistían a que Carmelina fuera a la capital. Al fin, cedieron.

Al examinarla allí el doctor, aconsejó una rápida intervención quirúrgica, pues apremiaba extirparle el bulto de su espalda. Obviamente, para ello resultaba indispensable su ingreso. Nuevo alarde de tozudez por parte de sus progenitores. No resultó fácil convencerlos. En la mayoría de nuestros aldeanos los prejuicios acaban bloqueando su capacidad de razonar. Anteponen el fanatismo de un brujo al veredicto de un médico. Me puse serio diciéndoles que, si no se avenían a mi propuesta, se quedarían sin mi apoyo. Tanta firmeza los desarmó.



**Subiendo a Carmelina hasta el caserío**



**Haciéndole las curas prescritas por el doctor**

Superados al fin los obstáculos, la niña fue ingresada en el mencionado hospital capitalino, que goza de merecido prestigio en todo el país. Aun cuando apremiara intervenirla, tuvo que esperar casi un mes internada para no perder su turno. Su mamá la acompañó durante todo ese tiempo. Ya casi parecía una causa perdida cuando el cirujano –de forma inesperada- ordenó tumbarla en una camilla y colocarla en el quirófano para practicarle sin más la cirugía. Esta, según pude averiguar, fue tan delicada como exitosa. Y todo ello ocurrió hace apenas diez días.

La madre, embargada por el júbilo de saber que todo

había salido bien, me llamó para decirme que al día siguiente su niña sería dada de alta. CANCELÉ de inmediato una cita con tres pacientes para el hospital oftalmológico de San Cristóbal. Y, antes que rayara el alba, como a las 2.00 de la madrugada, salía hacia la capital en compañía del padre y de la abuelita. Con mal disimulado júbilo la sacamos del nosocomio a las 9.30 y, sin apenas tomar respiro, regresamos a Panhorna (Tamahú) donde reside la familia.

Llegamos unas cinco horas después y vi con asombro que casi toda la aldea estaba a la espera. Al recibirnos, no cesaban de darme parabienes, conscientes de que, sin mi tenacidad y firmeza, nada se habría hecho para aliviar el mal de la niña. Al saberme tan agasajado, saqué mis propias conclusiones. Y estas me permitieron ver muy claro que la ignorancia deja con frecuencia morir a personas que podrían reponerse aplicándoles los oportunos remedios. Tal era el caso de Carmelina. Antes de despedirme, quise inculcarles una vez más que, en situaciones así, más que sumirse en el conformismo, hay que actuar con valentía. Creo que los convencí. El tiempo dirá si mi arenga ha surtido efecto.

### Un caso exasperante de desnutrición

En una de mis esporádicas visitas a algunas aldeas casi olvidadas, me acerqué primero a Setzibal, después a Sesalché y por último a Sesoch. Y fue ahí donde me topé con una situación digna de lástima y también -¿por qué no?- de reproche. Al ver que yo iba en busca de personas en extrema necesidad, un señor (Roberto) se acercó a mí con sus ojos anegados en el llanto, mientras me espetaba sin ambages: “De haber venido usted unos días antes, posiblemente no habría muerto mi esposa”. Tales palabras me desconcertaron hasta el extremo de exigirle una aclaración.



Aldeanos de Sesoch, sorprendidos por la llegada de Raúl

Lo hizo de muy bien grado, asegurándome que su Delfina había fallecido por causas naturales. Y su convicción era compartida por cuantos aldeanos se habían ido acercando. Tras dejar que se explayaran, vi claro que la señora había muerto por falta de una elemental atención médica. Ellos, que de por sí son reacios a acudir a los doctores, con frecuencia no los llevan al centro de salud por carecer de recursos para comprarles medicamentos. Y sin más dejan que la naturaleza siga su curso. Tal fue, desde mi punto de vista, lo que acababa de ocurrir con Delfina.



Una típica comadre del caserío

El drama familiar era mayúsculo. Tras 25 años de matrimonio, la finada dejaba en orfandad a ocho vástagos. El hijo mayor (18 años) estaba trabajando como temporero en otro departamento. La segundogénita (16 años) se había casado, había engendrado un bebé y había sido abandonada por su marido que hizo un apaño con otra muchacha. Obviamente toda la responsabilidad del hogar iba a recaer sobre esa desventurada mujercita (Flori Marizelda). Tras su desdicha como esposa abandonada, debería cuidar ahora de la casa y de sus hermanitos más pequeños. De hecho, la más joven (Yéssica) acababa de cumplir dos añitos. Toda la familia, suscrita al desamparo, se arremolinaba a mi alrededor en busca de ayuda, consejo y consuelo.

Era tan luctuosa la escena que ni por un momento se me ocurrió regañarles a causa de su desidia. Más bien me comprometí a velar por aquella colección de patojos, cuyos estómagos estaban vacíos y

cuyo llanto se diluía en sollozos. Les garantice proporcionarles botes de leche pediátrica para los más chicos, mientras Flori recibiría complejos vitamínicos para aliviar con ellos su galopante desnutrición. Les exigí, a cambio, que, si en el futuro ocurría algún caso similar, me avisaran para acudir a consulta médica.

Como yo hablaba fuerte y claro, no dudo que todo el coro de aldeanos me escuchó. Al menos así me lo daban a entender con sus gestos de asentimiento. Me dio mucha pena constatar una vez más que, entre ellos, la muerte se cobra a veces el tributo de personas que, si se actuara con sensatez, podrían reponerse sin problema. Pero las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran.

### CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – MARZO, 2022

DESCRIPCION	CANTIDAD
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	16
Medicinas entregadas a pacientes diabéticos	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	10
Asistencias durante el mes, en Fundabiem	10
Pacientes trasladados a diferentes Hospitales	04
Otros traslados (clínicas privadas)	02
Leche pediátrica entregada (botes)	10
Pacientes que recibieron medicina con receta	24
Extracción de piezas dentales	16
Medicinas entregadas por extracción de piezas dentales	12
Pacientes a quienes se realizó examen de laboratorio	04
Pacientes a quienes se realizó un ultrasonido	02
Visitas a familias y enfermos	13
Entrega de granos básicos y otros	01

## Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

En esta ocasión apenas nos hemos alejado 10 kilómetros de Madrid, pues nuestra andadura se ha limitado al Cerro de los Ángeles, lugar tenido como el centro geográfico de España. Allí se encuentran, además del Monumento al Sagrado Corazón, la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, del siglo XVII, construida sobre otra del siglo XI que fue derruida en el XIV, y también un convento de Carmelitas.



Nuestra intención al peregrinar a este lugar, en cierto modo mítico, fue con el propósito de celebrar allí el equinoccio de primavera. No al estilo que yo tuve la oportunidad de presenciar en 1985 en México. Lo hice entonces en una pirámide, sobre un cerro escondido de la orografía mexicana, cuyo nombre no recuerdo, evocando el triunfo de la luz sobre las tinieblas, tal como sigue festejándose aún hoy en la pirámide guatemalteca de Tikal. Fue una celebración muy interesante que me sirvió para hacer un buen reportaje fotográfico. Pero lo que ahora nosotros fuimos a celebrar en el Cerro de los Ángeles era la firme y decidida confesión de fe y humildad

ante el Dios verdadero, frente a la efigie de Jesús resucitado, balaceada por los milicianos en 1936, y reconstruida entre 1944 y 1965. Aunque orográficamente el Cerro sea un montículo, quisimos, desde él, pulsar las sinuosidades de Chiquín donde viven nuestros hermanos en esas modestas casas que les hemos construido. Ansiábamos compartir con ellos un caldo de pollo y un tamal, mientras el sacerdote bendecía sus semillas para pedir al Señor una cosecha saludable que les permita alimentarse de forma digna.

Allí, en la enorme explanada del Cerro, casi amaneciendo el 20 de marzo, nos reunimos, como es costumbre, para rezar un padrenuestro mientras tañían las campanas en la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, entonando, al finalizar la plegaria, el himno *Cantemos al amor de los amores*, sustituido hoy por cancioncillas de tres al cuarto en muchos coros parroquiales.



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú la obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró todo su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo y, si fuera posible, potenciarlo.

Toda ayuda es muy de agradecer.

¡Muchos pocos hacen un mucho!

## FRATISA

**Si quieres hacer una aportación periódica, te sugerimos nos envíes esta hojita, una vez rellena con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que nos indiques.**

Nombre \_\_\_\_\_ Teléfono fijo \_\_\_\_\_  
Móvil \_\_\_\_\_ Fax \_\_\_\_\_ Correo-e \_\_\_\_\_  
Dirección \_\_\_\_\_ n° \_\_\_\_\_ Piso \_\_\_\_\_  
Localidad \_\_\_\_\_ CP \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

Cuota de socio \_\_\_\_\_ € (mínimo 10 € mes)

N° de cuenta Iban: ES \_\_\_\_\_

Cuota:  Mensual;  Trimestral;  Semestral;  Anual;  donativo único  
Titular de la cuenta \_\_\_\_\_

**También puedes hacer tu donación ingresándola en la cuenta abierta a nombre de "Fundación Isabel de Lamo Pattos - Fratisa", en el Banco Santander de Madrid**

**Iban: ES90.0049.1182.3226.1040.0538**